

Lo reconocieron al partir el pan

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 24, 13-35).

Aquel mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: *«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»*. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: *«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»*. Él les dijo: *«¿Qué?»*. Ellos le contestaron: *«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron»*.

Entonces él les dijo: *«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¡No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?»*. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: *«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída»*. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»*.

Y se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: *«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.»* Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Lecturas del domingo de la 3ª Semana de Pascua (30.04.2017)	
1ª Lectura:	Del Libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 14. 22-33).
Salmo:	Del Salmo 15 (Sal 15, 1-2 y 5. 7-8. 9-10. 11).
2ª Lectura:	De la 1ª Carta del apóstol san Pedro (1 Pe 1, 17-21).
Evangelio:	Del Evangelista san Juan (Jn 24, 13 - 35).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

EL AMOR EN EL MATRIMONIO:

CONFÍA

«Todo lo cree», por el contexto, no se debe entender «fe» en el sentido teológico, sino en el sentido corriente de «confianza». No se trata sólo de no sospechar que el otro esté mintiendo o engañando. Esa confianza básica reconoce la luz encendida por Dios, que se esconde detrás de la oscuridad, o la brasa que todavía arde debajo de las cenizas.



Esta misma confianza hace posible una relación de libertad. No es necesario controlar al otro, seguir minuciosamente sus pasos, para evitar que escape de nuestros brazos.

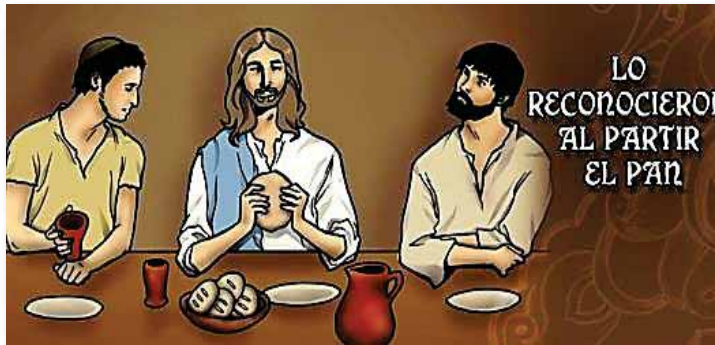
El amor confía, **deja en libertad, renuncia a controlarlo todo**, a poseer, a dominar. Esa libertad, que hace posible espacios de autonomía, apertura al mundo y nuevas experiencias, permite que la relación se enriquezca y no se convierta en un círculo cerrado sin horizontes. Así, los cónyuges, al reencontrarse, pueden vivir la alegría de compartir lo que han recibido y aprendido fuera del círculo familiar.

Al mismo tiempo, hace posible la sinceridad y la transparencia, porque cuando uno sabe que los demás confían en él y valoran la bondad básica de su ser, entonces sí se muestra tal cual es, sin ocultamientos. **Alguien que sabe que siempre sospechan de él, que lo juzgan sin compasión, que no lo aman de manera incondicional, preferirá guardar sus secretos**, esconder sus caídas y debilidades, fingir lo que no es.

En cambio, una familia donde reina una básica y cariñosa confianza, y donde siempre se vuelve a confiar a pesar de todo, permite que brote la verdadera identidad de sus miembros, y hace que espontáneamente se rechacen el engaño, la falsedad o la mentira.

Encuentro con Jesús

... Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «*¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?...*»



Nuestro reencuentro con Cristo resucitado debe dar sentido evangélico a toda nuestra vida. En la medida en que seamos conscientes de nuestra unión responsable con Cristo, el Señor, estaremos en actitud de ser testigos de su obra redentora en medio de los hombres, con nuestras palabras, pero sobre todo con nuestra vida.

Santos Laicos

Beato Iván Merz, el «Águila de Dios» (1/2)

“La vocación de su vida fue vivir y hacer vivir la amistad con Cristo”

Durante la vigilia de oración que el Papa Benedicto XVI mantuvo con los jóvenes croatas en su viaje a Bosnia, en junio de 2011, les decía: *“Vuestra juventud es un tiempo que el Señor os da para poder descubrir el significado de la existencia. Es el tiempo de los grandes horizontes, de los sentimientos vívidos con intensidad.”* Y les proponía como ejemplo al Beato Iván Merz: *“Un joven brillante, que, durante los años de la Primera Guerra Mundial, se encuentra frente a la destrucción y la muerte, que lo marca y lo forja, haciéndole superar momentos de crisis y de lucha espiritual, descubrir la belleza de la fe católica y comprender que la vocación de su vida es vivir y hacer vivir la amistad con Cristo”.*



Iván nació en Banja Luka el 16 de diciembre de 1896, en la Bosnia ocupada por el imperio austro-húngaro, en el seno de una familia liberal. Fue el hijo único y feliz de un oficial del ejército imperial que recibió una educación privilegiada, sin reparar demasiado en lo religioso. El deporte, los idiomas, el piano y autores como Goethe, Byron y Tagore fueron todo su mundo en sus años jóvenes.

Terminados sus estudios de primaria y secundaria, por voluntad de sus padres, y no suya, entró en la Academia militar de Wiener Neustadt, que abandonó después de tres meses, molesto por la corrupción del ambiente. En 1915 inició los estudios en la universidad de Viena, aspirando a ser profesor, para poder dedicarse a la instrucción y educación de los jóvenes en Bosnia, siguiendo el ejemplo de su profesor Ljubomir Marakovic, hacia el que sentía una profunda gratitud por haberle ayudado a descubrir las riquezas del catolicismo.

Su experiencia en la guerra, donde los cuerpos y las almas muestran todas sus miserias sin velo alguno, fue tan intensa que sus ojos, ávidos de luz y respuestas, se volvieron hacia Dios, de tal manera, que jamás volvió a alejarse de él. Ya no hubo actividad que no estuviera relacionada con los temas divinos.

«No tengo la santa Eucaristía. Vivo aquí como un pagano o una fiera, como si el Agnus (El Cordero) no fuera ya el centro del cosmos, como si no existiera para nada.» - escribe el 9 de septiembre de 1917.

El 5 de febrero de 1918, escribió en su diario: *«...Sería terrible que esta guerra no me produjera ningún efecto positivo... Debo comenzar una vida regenerada con el espíritu del nuevo conocimiento del catolicismo. Confío sólo en la ayuda del Señor, porque el hombre no puede hacer nada por sí mismo.»*

Seguirá (y 2) en la próxima Hoja Semanal.